

07 Cuentos reunidos

- 01 La cita
- 02 Tiernas estampas
- 03 Aquellas lavanderas:
- 04 Barrio de obreros y pescadores
- 05 Las fotos en blanco y negro
- 06 Barrio Obrero a través de la lluvia
- 07 Barrio Obrero después de la lluvia
- 08 Nostalgias del pasado
- 09 Aquellas vacaciones de verano
- 10 Tiempos de Semana Santa
- 11 De todo traigo en Semana Santa

01

La Cita

Mi cita es ir al encuentro del pasado, buscando ver lo invisible de su esencia en los vestigios de aquellos lugares donde vivió nuestra infancia.

Voy en solitario recorriendo el Barrio Obrero, en busca del pasado caminando a pie, como íntimo y fiel depositario de los recuerdos de aquél pasado, busco un retazo de aquél Pilar de antaño, los recuerdos que se me han dado para rescatar y dar a conocer, como testimonio de ese tiempo tan tranquilo de la infancia, para estos tiempos que corren apresuradamente.

Como en ese tiempo lo hicimos con “umí che mitá irungué”, quienes quedamos todavía somos pocos los últimos sobrevivientes de aquella infancia, cuando todo aquello y su entorno era de una agreste naturaleza.

Descalzos hemos recorrido la orilla del Arroyo Ñeembucú de punta a punta, y ahora nos quedamos como la generación que vivió naturalmente sin artificios, y de una manera casi imposible de creer, fuimos parte de esa exuberante naturaleza.

Y al recrear el Barrio Obrero de antaño, en el que fuera esa parte de la gran Bahía del Arroyo Ñeembucú, no me será tarea fácil rehacer porque tal vez lo más parecido sea hablar de un gran decorado natural y una puesta en escena, que debe ser la realidad como en un teatro de la vida, que de no haberlo vivido, creería que fué una ficción y no me hubiera creído capaz de contar.

Estos escritos tendrán el poder mágico de pintar los paisajes para recrear las mañanas con sus puestas de sol, o de la luna cuando emerge al atardecer como saliendo de las aguas siguiendo el curso del canal del Arroyo Ñeembucú, desde el este viene de a poco pintando de color plateado la exuberante belleza natural.

De todo lo vivido, de todo lo recorrido y lo visto les contaré como estando en un privilegiado Mirador Natural que llevo en mi memoria interior como las más bellas imágenes jamás recogidas. Imágenes auténticas de aquellos tiempos.

Imágenes en las que participo como protagonista al verme entre muchos amiguitos, cuando salíamos por las siestas con “canitas de pescar”, o para chapotear en la orilla en esas playas entre las canoas varadas de los pescadores.

Esperamos ver bajar a las lavanderas por los caminitos, y que nos digan, vayan a otro lugar, porque enturbiamos las aguas del Arroyo Ñeembucú para el lavado de ropas.

A veces dudo si fueron esas escenas reales, o tan solo han salido de mi febril imaginación como imágenes.

Hoy en día esos lugares ya no son como antes sin barrancas a pique porque las aguas ya no son profundas, si es que las hay.

Y ya no existen remolinos en los recodos del canal que raudas serpenteando llegaban con tanta fuerza a este lugar alto donde estoy frente a la casa de los Ramirez, Don Ruperto y Ña Manchí, el Mirador Natural que llamo en mis escritos, pero ya nada tiene de lo natural con el Monumento y de aquellos tiempos nada es igual.

Los vestigios de aquellos lugares más que nada viven en la memoria de unos pocos sobrevivientes como testimonios de su tiempo, entre esa belleza natural de todo lo que vimos en aquellos lugares.

Y aunque ya no nos escuchen y tampoco no nos crean, yo seguiré pregonando sobre aquellos lugares, como fiel cronista de mi tiempo.

Y les puedo asegurar que la realidad vivida de aquellos tiempos, es imposible recrear con la imaginación sin que antes no hubiéramos sido sus protagonistas.

Y aunque te parezca reiterativo, yo me pregunto, y te pregunto, ¿Qué más puedo contarles sino de aquello vivido?.

¿Qué más si aún tenemos una vida palpitante al contar aquello en éstos escritos?.

Y no me cansaré porque aún queda el patio casi igual de Don Ruperto Ramírez y Ña Manchí, donde vimos el primer Cine Mudo, y todavía queda allí pegado el legendario Paú Poí, casi intacto resistiendo al tiempo y al progreso.

¿Qué más te puedo decir?. Que fuimos muy felices con tan poco, y tal vez aún seguiré muchas veces como que sigo caminando por esas calles arenosas, un suncho rodando frente a mí, y la ondita en el bolsillo con unos cuantos bodoques. Que nuestras pelotas eran de trapos y teníamos mucho tiempo para jugar con ganas de sentirnos libres como el viento.

Decir que juntos crecimos jugando los niños con las niñas en la arena de la esquina y que por las siestas calurosas los varones formamos temibles pandillas. Y que cuantas veces con la pandilla reunida, nos encontramos por los bajos del Arroyo Ñeembucú con las otras pandillas de otras esquinas y jugamos a la guerrilla, luego, como si nada pasara más que unos cuantos chichones y moretones en ambos bandos, nos juntamos y nos reímos de nuestros “marcantes” o apodos, hasta que a la voz de 1, 2, y 3, jugamos carrera de repente, ruidosos como estamos, con camisas de retazos, el torso desnudo, corriendo en tropel nos tirarnos en el Arroyo Ñeembucú, jugando quién llega primero.

Con tantos juegos inventados, tantos que parece ninguno fue real. Pero fueron tan reales como las emociones que nos daban y hasta ahora puedo sentir en la piel, como un nuevo amanecer, y era todo lo que necesitábamos con tal de seguir siendo aquellos mita'i akahata que fuimos.
Hernán Benítez Denis

02

Tiernas estampas

Desde que era niño y de hecho aún lo sigo siendo, porque mis ojos todavía miran asombrados aquellos lugares nunca olvidados que recorro con la imaginación y puedo traer aquí, aquellos tiempos de la infancia, aunque algo ya cansado, de mis travesuras sigo riendo.

Como si los años no hayan pasado, sigo encontrando nuevas sensaciones para compartir contigo, porque tú y yo, somos muchos con los otros, quienes todavía estamos enamorados de la vida, para seguir cantando canciones.

Saludamos la salida del sol cada mañana igual aunque llueva como hoy, intactos están los recuerdos de nuestra infancia, adolescencia y juventud, porque mas allá de aquella ventana por dónde miraba pasar la vida, por ésta ventana que se abre en el corazón, salen los recuerdos con mis palabras para tí, amiga, amigo, en vuelos de plenitud

Y rebotan en las aguas del Arroyo Ñeembucú, van navegando los sueños en esas silenciosas canoas, que sin ruidos van al compás de los remos de la vida vivida en esta costa del Barrio Obrero.

Somos como los pescadores que vamos remando el destino y ahora mismo no se si estaré soñando o estoy en ese trance de una magia al estar semi despierto, y estoy como volviendo a la casa donde nací en un vuelo bajo un majestuoso escenario, y mirando arriba descubro un cielo abierto.
Hernán Benítez Denis

03

Aquellas lavanderas

Me embriagan hasta el alma.
Suenan como oraciones.
las serenatas a las amadas.
Mi espíritu de madrugadas.
Escuchen sus canciones.

Vuelvo a ese mi tiempo
Con sus fragancias por aquí
Pasan la lavanderas
De un ayer con su “ñemombe'u”
De un fantástico Arroyo Ñeembucú

Sencillas señoras.
Son mis lavanderas
Aquí están sus banderas
Por los entornos que conocí

Aspiro suaves olores en las brisas
El viento sopla del este
Pucho y humo en sus sonrisas
De todas las edades sin prisas

Entre tantas emociones sentidas
Jabón Pilar, el cuadrito azul, y el pacholí
Cargadas de ropas en sus latonas.
Por el caminito van
Mujeres que se ríen de su destino
Son las más felices como personas.

Dejaron sus voces en mi memoria
Porque me contaron de su historia
Yo las miraba al pasar
Por estos lugares
Conozco de sus instantes
Y yo era todavía un mitaí.

Desde la esquina de la cuadra
Me iba a la Escuelita San José
Allí fue donde a escribir aprendí
Y jugábamos en la canchita

O bajo la luz de un farol
en la esquina de la cuadra
Muy cerca del famoso Paú poí
el túnel de nuestra primera cita.

Las columnas eran de caranday
Arenosas fueron tus calles
Barrio Obrero, moopio oimene,
Ocañymbá.
Umí ñande mitá irungué.

Salgo corriendo a buscarlos
Pero ya no están.
Por las orillas desiertas
En aquellos lugares
Umi ñande vy'a hague
El suncho quedó sin rodar
Hetaite rié ña ne akahata.

Barrio Obrero de evocación
Aquel antaño Arroyo Ñeembucú
Por aquellos tiempos de juventud
Va esta canción
Con acentos de plenitud.
Hernán Benítez Denis

04
Barrio de obreros y pescadores.

Quiénes hemos crecido cerca de la orilla del Arroyo Ñeembucú en aquel Barrio Obrero de antaño, sabíamos lo que es sin ir muy lejos, en la orilla pescar unos cuantos mandií, (bagrecitos), para la cena.

Luego de limpiar en la costa los pescados, en el patio de la casa en una sartén calentaba al máximo el aceite, mientras los trozos de pescados y a los mandií todo entero tenía bien rehogado en limón y un poco de sal.

El olor del “pirá chyryry” que se olía en el Barrio de obreros y pescadores era la vida misma en esencia que me llenaba con su aroma.

El olor del aceite con los pescados fritos y un vino de eso que vienen en cartón los más baratos sobre la mesa, en el vecindario significa que ya estaba lista la cena. Creo estar en una de esas casas recostada al Arroyo Ñeembucú.

“Los fabriqueros”, así se les llamaba a los que trabajan por turnos en la Manufactura de Pilar SA, industria textil donde se asegura una paga semanal.

Es muy normal verlos en las 24 horas que se cruzan ya sea a pie o en bicicleta a los que salen de turno con los que van a entrar.

Dependiendo del siguiente turno, muchos salen a pescar por unas horas y regresan siempre con muchos bagres, y con suerte, pican algunos “tres puntos”, o “surubí ray”.

Había lugares en las orillas con abundante peces y nadie se quedaba sin traer los pescados.

Por eso mismo el olor al “pirá chyryry” nunca molestaba a nadie porque significa una abundancia.

Y ese aire en el ambiente es el que perdura en mis sentidos como parte de la identidad de los que vivieron en las orillas del Arroyo Ñeembucú en el Barrio Obrero

Si hablara de la cuna donde nací, fué en el más populoso, el Barrio Obrero.

Y hablaría de charcos de agua y mucha arena.

Quisiera volver para caminar en días de sol o de lluvias sin importarme nada.

Hasta me animaría a jugar los juegos del ayer.

Como un auténtico “Barrio Obrero guá”, evoco mi infancia, la adolescencia, y mi juventud, reivindicando los recuerdos.

Como cuando era mitaí y miraba a los que volvían de terminar el Cuartel, aquellos muchachos del vecindario llegan abrazados y medio “apintonados”, cantando venían con sus birretes decorados con hilos multicolores, y vestidos con el verde olivo, hacían hurras al pasar por las calles.

Eran los camaradas que volvían de donde hicieron su Servicio Militar Obligatorio, y una tierra de leyenda siempre será el Chaco Paraguayo de dónde volvían con más sacrificios y llenos de anécdotas.

Y que pena porque muy pronto volverán a salir de sus casas y muchos dejarán el terruño en busca de trabajo al no conseguir entrar en la Manufactura como obreros. Entonces muchos se harán pescadores.

Pero también muchos otros tendrán que buscar otros destinos y quedaran por allá lejos añorando de nuevo sus parajes y los lugares donde vivió y quedó con su ausencia la familia.

A los pilarenses de ese tiempo nos marcó lo incierto, cuando recién comenzaba la

vida por delante.

Hoy una vez más como ayer, mañana será otro amanecer diferente a los demás y yo estaré de nuevo recorriendo otros escenarios con mi imaginación.

Pero sin embargo te prometo que cada tanto estaré con mi imaginación volviendo por aquellos lares que yo también dejé al partir.

Mientras que se despide de mí esta tarde de otoño y me acaricia tibiamente el sol que definitivamente se pierde entre los tejados, termino de escribir sobre aquél que fué mi añorado Barrio de obreros y de pescadores.

Hernán Benítez Denis

05

Las fotos en blanco y negro

Como esas fotos en blanco y negro quedan los retazos del pasado guardados en un baúl del tiempo de la memoria donde nunca envejecieron porque cada tanto de ahí vuelven a salir para renacer en mis escritos.

Y son esas fotos en blanco y negro los recuerdos pero que con palabras, al ser atrapadas al vuelo se conviertan en imágenes de colores.

Me puedes ver pintando como lo haría en su lienzo un artista de paisajes como evadido de la realidad, vagando con mi espíritu, abriendo las cortinas del tiempo de un mundo ideal

Y no me cansaré de nombrar todos los lugares donde siempre me encuentro con el niño que fui, yendo a la Escuelita San José Artesano, de escuelero con guardapolvo blanco, “kasó mbocaí”, pantaloncito corto.

Voy por el Paú Poí, callejón angosto, caminando entre tantos como yo, con la cartera de tela cruzada en el pecho.

Mis compañeritas me hacían soñar.

Eran tan bellas y tan lejanas como para mirarlas solo de lejos. porque de cerca no me animaba a que me adivinen en los ojos lo que soñaba en decir alguna vez, pero cómo iba a saber, si aún no hablaba con las estrellas de esas cosas bonitas, algo de aquello que podía sentir.

No conocía de poesía y mucho menos de lectura ni escribir de lo imaginado con fantasías.

Con la inocencia de los ojos cerrados y de una forma diferente hablo de aquel Barrio Obrero como si fueran fotos en blanco y negro, ahora las pinto en colores, de sus calles y de su gente.

Hernán Benítez Denis

06

Barrio Obrero a través de la lluvia

Recuerdo esa esquina de la cuadra, la columna de caranday con farol y en lo alto de una lomada la casa donde nací.

En el Barrio Obrero donde se construyó con una ventana que mira hacia el norte y me mostraba el Arroyo Ñeembucú, mientras que la otra hacía el oeste donde se filtraban los últimos rayos del sol, la tarde me daba una cierta melancolía.

Pero de a poco, en ambas ventanas en su marco como en un cuadro cambiante, iba descubriendo el entorno natural con tantas bellezas juntas.

Pero nada era comparable a la Bahía del Arroyo Ñeembucú del Barrio Obrero y en esa parte de la esquina de la cuadra con un caminito para bajar a la orilla.

Cuando miro caer la torrencial lluvia, el torrentoso y temido canal principal corre mucho más rápido pegado a la orilla opuesta hacia los montes del Barrio Guaraní y va desmoronando dejando desnudas las raíces de los árboles y las ramas se inclinan hacia las aguas dejando ver colgando los gruesos “ysypó”, las lianas colgando solo para los buenos nadadores al cruzar el canal y jugar allí al Tarzán de los monos.

Hoy esas aguas ya no van corriendo para encontrarse con el majestuoso Río Paraguay.

Hoy al recordar con profundos sentimientos, digo que no miento y que tengo herido el corazón por las nostalgias todas juntas por todos aquellos lugares que se fueron y eran partes de nuestro escenario original.

Ya no quiero curarme de este mal porque quién me devolverá tanta naturaleza perdida.

Quién nos devuelve la vida y tal vez una forma de sobrevivir sea escribiendo como una manera de recuperar y revivir, aquellos tiempos idos.

Con el vuelo de la imaginación puedo hacer que con los amigos queridos de la infancia, podamos volver al pasado como si nunca hubiéramos salido de aquellos lugares y como si nada hubiera cambiado.

Como antes soñaba que tenía un pase de magia, para ver más allá desde aquella ventana hacia el norte, empezando hacia abajo por el sendero que lleva hasta la orilla del Arroyo Ñeembucú y a su Bahía.

Al costado de la casa de Don Vallejos entre los arbustos de mandiyú randy se bajaban las lavanderas y nadie nos pillaba por ese mismo caminito cuando sin permiso en las siestas nos bajamos con la pandilla hacia el Arroyo Ñeembucú.

Y una señora me habla con su humeante cigarro puguasú entre labios. ¿Mbaeico re yapó hina Nanchito?. Era Ña Pablita con su nieta al lado.

Y nos miramos como un niño y una niña sin ninguna picardía, llenos de inocencia.

Ahora ya no están esas orillas del Arroyo ni los senderos abiertos entre los arbustos, ni las lavanderas.

No están mas esa buena gente que subían y bajaban por allí.

Todos han desaparecido, incluso los amigos, y esa niña ya no está.

Ya no está Ña Pablita con el olor dulzón del tabaco macerando con paleta la ropa ajena, motivo y sustento de su vida.

Ya no está ninguna lavandera.

Este canto va para todos los escenarios que ya no están.

¿Dónde fueron esas playas para bañarnos y hacer travesuras?

Donde se fueron los camalotales como las canoas se fueron sin dejar huellas.

Por los caminos de los pescadores se fueron y también las aguas con los peces.

Ya no están ni peces ni pescadores.

Son tantos los lugares desaparecidos.

Hasta el pequeño muro de contención y la arena de las lluvias, lo que fué el vertedero de los raudales.

No hay más juegos de la infancia después de llover una noche de tormenta esperando a que amanezca, que pare la lluvia y salir a jugar en aquellos tiempos sin apuros como un eterno presente.

Aún puedo con la imaginación ver un Barrio Obrero amanecer con la lluvia y con los pies descalzos luego a los mitaí jugando en la arena.

Aún puedo ver que jugamos un partidí bajo un inmenso arco iris que se dibuja en el horizonte como un arco de colores, ideal para meter un gol con la pelota de trapo.

Hernán Benítez Denis

07

Barrio Obrero después de la lluvia

Navegando barquitos de papel que seguimos hasta dejar caer en el murito de contención después de la lluvia en la correntada.

Vamos persiguiendo nuestros sueños como en un barquito de papel, somos marinero o capitán, surcando nuestra libertad de ser mitaí.

Como en la vida de verdad a veces en alta mar aferrados a un pedazo de madera para no zozobrar. Una vez más, ser marinero o ser capitán, hacer que todo sea más fácil como pudiera ser en la imaginación de un niño, para no desfallecer.

Aunque sin barquitos de papel habremos de encontrarnos, siempre habrá un cielo sin tormentas y azul después de la lluvia.

Y aunque llegue el ocaso detrás de los árboles sobre las copas de las ramas arden las nubes arreboladas del sol que va cayendo y anuncia que mañana sera un lindo día.

Que después de la oscuridad llega la luz

Después de llover, toda una noche y amanece como para buscar tesoros en el arco iris.

Aunque en poniente aún se escuche un horizonte de truenos, un nieto le pregunta al abuelo. ¿Volverá a llover?. Y con su sabiduría ancestral y milenaria, con calma le responde en guaraní:

"Hetama nio oký. Há oipeyuma avei ybaté ybytú". Eso significa tiempo bueno, respondió el abuelo.

Dentro del innato akata, los mitaí sabíamos respetar a los abuelos y abuelas.

Recuerdo las crecidas y las bajantes del Arroyo Ñeembucú cuándo eran drásticos en sus cambios de agua nos mostraban diferentes escenarios.

Las bajadas dejan un lecho de lodo seco donde se ven aquí y allá espejos de agua donde bulle la vida de caracoles, mojarras, cascarudos,(la viejita), piky, en los charcos de agua y barro pronto a secarse, atrapados se movían condenados a morir los pirái.

Entonces nos movilizamos con sensibilidad, sin que nadie nos enseñe, sabíamos qué hacer al improvisar redes, conseguir baldes para trasladar hasta el canal principal en aguas más profundas para devolverles a la vida. Había peces grandes como bogas.

En las crecidas la solidaridad era entre los vecinos. Y no fueron simples los recuerdos porque cuando las aguas subían se vivían escenas y momentos de dramatismo que todos juntos se superan para que después queden la parte jocosa de las anécdotas que tampoco faltaron porque se aprendió también a reírse en la adversidad, al convivir junto al sacrificio.

Así son los pilarenses con incluso los venidos de otros lugares para vivir entre nosotros.

Todos hicieron historia en su comunidad

El Barrio Obrero y el Arroyo Ñeembucú fué con un abrazo fraterno donde crecimos desde que éramos mitaí.

Hernán Benítez Denis

08

Nostalgias del pasado

En las casas recostadas a la orilla del Arroyo Ñeembucú, juntos crecimos la infancia,
hasta que un día la vida nos llevó por rumbos diferentes.

Quisiéramos volver de nuevo a pisar aquellos lugares, ya sea en el interior profundo, en algún pueblo del Ñeembucú, o en algunos de aquellos Barrios de Pilar, donde quedaron nuestras huellas.

Aunque ya están modificados, o incluso desaparecidos, aquellos lugares siempre serán los santuarios de nuestros recuerdos y las nostalgias del pasado.

No importa si estamos cerca o desde la distancia, el pasado vuelve a hacerse presente.

Para mí fueron, esa esquina de la cuadra, las playas en las orillas del Arroyo Ñeembucú, la Canchita, el Paú Poí que resiste al tiempo, y la Escuelita San José Artesano.

Nunca me cansaré de nombrar estos lugares.

Es sobre estas anécdotas de la vida que les hablo siempre, cuando estoy pintando de colores las palabras, cuando escribo en este tiempo de aquellos tiempos idos. Ahora en que de nuevo estamos reunidos en forma virtual y en permanente Comunicación con la Tecnología.

Recuerdo las madrugadas cantando al son de las guitarras.

Las delirantes dedicatorias en los cumpleaños de 15.

Y recuerdo que éramos infaltables en todos los acontecimientos, aniversarios, de amores y desamores.

Todos estos episodios de vida contienen miles de anécdotas, y pasábamos entre bebidas espirituosas que levantan al espíritu.

Noches de guitarras, de cantos y de parranda en parrandas.

Bohemios de aquél Pilar de antaño, siempre en el camino como trotamundos, sabiendo que muy pronto íbamos a ser diferentes

Hacíamos buena música y fuimos protagonistas de tradicionales serenatas, como presintiendo que éramos los últimos en esa práctica.

De romanticismo ni hablemos, seremos los últimos románticos de esa época, las Décadas Prodigiosas que no volverán.

No hemos tenido en la niñez juguetes de plásticos comprados, ni nos han festejado los cumpleaños.

Por allí tenemos algunas fotos en blanco y negro que nos trae la imagen de una pequeña torta. El ambiente arriba con banderines hechos en casa.

Adornos de papel en colores y rodeados de niños y niñas del lugar, de la esquina de la cuadra.

Alrededor de la mesita, limpitos y peinaditos, con ropitas de tela Pilar, cantando el cumpleaños feliz, en la foto que nos captó sonrientes con un souvenir,- se dice ahora-, en la mano.

Lo máximo era un chupetín o paleta de colores con un pequeño pito de plástico.

Las fotos en blanco y negro de la infancia son como las joyas que se guardan y que se miran de tanto en tanto, con muchas nostalgias del pasado.

Fuimos muy felices como mitai.

Nos bastaba salir a jugar en la esquina de la cuadra, y eso representaba todo nuestro mundo.

Era esa niñez, sencilla, humilde, y sin complicaciones.

No éramos pobres, o no lo sentíamos por las inocencias.

Fuimos eso sí, muy ricos por la naturaleza de nuestra forma de ser.

En ese espíritu nació en nosotros, la lucha que llevamos hasta hoy, como un sello de nuestra época, sin rendirnos.

Con ese sello como característica, salimos a pelearle a la vida, con muchas ganas hasta hoy.

En ese tiempo era un lujo que algunas de las casas están alumbradas con el sol de noche a kerosene.

Muchos nos iluminamos con el kinké a mecha, hasta que la MPSA proveyó de luz eléctrica las casas de quienes trabajaban en la Fábrica.

Recuerdo aquellos veranos en que dormíamos afuera en una cama con mosquitero. Yo me quedaba acostado mirando la noche estrellada hasta quedarme dormido.

Eran esas noches de Siete Cabrillas, las Tres Marías, la Vía Láctea, pintando de luces el inmenso techo del cielo con millones de estrellas.

Como olvidar y dejar de mirar tanta inmensidad arriba en el cielo, que todo lo de abajo hace que sea muy pequeño e insignificante como para sentir orgullo.

Y fueron aquellos momentos de mi vida en que empecé a preguntarme, ¿dónde estará el camino a seguir?, estaba lleno de dudas.

Alguien allá arriba fue quién puso todo en orden a los astros del cielo y les dio un camino a cada uno.

Mucho más grande que yo, pensaba, ante tanta belleza en armonía, tendría que tener también para mí, una misión a descubrir.

Por medio de la Creación y teniendo un contacto cercano desde esta dimensión humana, podemos encontrar la armonía con lo trascendental que nos hará estar siempre muy agradecidos por todo lo vivido.

Y es por eso que siempre busco el primigenio contacto con la oscuridad de la noche.

En solitario sigo mirando ese mismo cielo con los mismos astros de aquellos tiempos de mi infancia.

Todos los astros siguen allí arriba brillando como antes. Aunque opacados por tanta luz artificial, siguen allá arriba como esperándonos.

Miro para en silencio decir:

-Gracias al Creador-.

Definitivamente, nuestra infancia y la juventud en Pilar y en el Ñeembucú, vivida por nosotros y por cada uno con sus propias vivencias, fueron las más sanas, lindas y sencillas, en todo sentido.

Y porque la hemos vivido a plenitud.

Hernán Benítez Denis

09

Aquellas vacaciones de verano

El recuerdo que tengo cuando estaba en la Primaria de la Escuela San José Artesano del Barrio Obrero, fueron las vacaciones de tres meses en los veranos muy largos, que parecían durar años.

Estando de vacaciones nos veíamos entre los compañeros y compañeras que son de la esquina de la cuadra, para seguir jugando mientras que volver a las aulas era muy lejano.

Los veranos siempre nomás luego era largos y en aquellos tiempos de escuela, eran los mejores momentos para seguir siendo un mitaí akahata entre muchos de la pandilla.

Era como si no tuviéramos ninguna posibilidad de enfermarse o que andando descalzos por la arena o en la orilla del Arroyo Ñeembucú, nos pase algo grave.

Además, en las vacaciones de verano llegaban los días de fiestas, la Navidad, Año Nuevo y los 3 Reyes.

Mucha gente y los parientes volvían de lugares muy distantes, de la Argentina de Asunción o del interior.

Llegaban trayendo sus novedades con una mezcla de alegrías y de techanga'ú, luego de años sin vernos, las añoranzas se acumulan.

En las vacaciones de verano de tres meses se dormía muy tarde a la noche y nadie parecía estar muy cansados en la familia para continuar la noche reunidos en la cocina comedor o en el patio donde alumbra con su siseo característico, colgado el "sol de noche o petromax".

O tal vez a la luz de la luna y los millones de estrellas y luciérnagas en el pastizal cercano.

En las vacaciones, el Arroyo Ñeembucú hacía sentir su llamado para aplacar el calor incluso por las noches.

Y allí sí que la luna llena era inmensa, grande y redonda reluciendo como una moneda. Lentamente asciende desde las aguas y llena todos los rincones con su luz.

Recuerdo que con mi mamá, mis hermanas casadas, las que ya vivían en sus propias casas, venían junto a mi mamá a la tardecita.

Erme y Olga eran modistas. Olga fue una de las mejores modistas, muy reconocida por su habilidad y la buena costura en la terminación de delicadas telas.

Erme es la mayor de la familia y nuestra mamá guazú que nos queda Aunque ahora con los 80 años y un poco, todavía teje una maravilla sus bordados. Es lúcida, inteligente y también escribe su Diario de Vida. Ahhh, y usa teléfono móvil muy bien así es que no te puedes perder una conversación que llega al alma donde sabe llegar con su sabiduría.

Mientras que Lilí y Dulci, recuerdo que se ayudaban entre ellas porque estudiaban Enfermería.

Empezaron desde abajo como limpiadoras y luego con muchos sacrificios se ganaron ese sitio en el cuidado de la salud, las muy recordadas como excelentes Enfermeras, Lilí y Dulci.

Y Alida, la menor entre las mujeres, se movía en su mejor perfil donde era sobresaliente en servir a los demás.

De pura alegría sin esperar nada a cambio. Muy servicial y de la mejor forma en todo lo que ella podía dar y sabía dar de todo mucho más que un poco.

Así fue siempre mi hermana Alida que vive en Ezeiza, Argentina.

Mi mamá en ese tiempo trabajaba en la confección de mosquiteros en cantidad para las Tiendas como Ángel Antola,
En el corredor del frente de la casa, recuerdo, se juntaban a las tardes.
Con todas mis hermanas y con mamá se hacía las diferentes partes de la costura de las telas que se convierten en prendas, camisas, vestidos, pantalones o mosquiteros, allí todos juntos con los moldes y la renombrada máquina a pedal "Singer".

Mientras tomaban mate dulce escuchaban en alto volumen una emisora que pasaba la Radionovela. "Lucero Sombra" que yo no entendía solo el final cuando con gusto terminaba en recitado del actor principal cuando se despedía:
"Quiero morir cuando descienda el día".
"Con la cara y la mirada al cielo".
"Y una paloma que remonte el vuelo".
Me aprendí de memoria porque me devolvía la paz y la tranquilidad de la tarde.
Hernán Benítez Denis

10

Tiempos de Semana Santa

Tiempos aquellos de mi infancia cuando la familia toda reunida en torno al humeante tatakua calentando con leñas secas hasta que hace "pirirí el techo abovedado", para luego limpiar sacando hasta las últimas brasas.

Porque se ha terminado de amasar para empezar a moldear la chipa, y tenemos las hojas del banano dónde encima se colocar en recipientes, los chipá lopí y los yacarecitos entre otras chipas de variadas formas.

Las tradicionales chipas son con almidón y el maíz mestizo con abundante queso, leche, huevo y manteca. Algunos usan grasa de chancho.

Con el horno bien caliente se prueba con la mano y enseguida se debe meter y tarda muy poco para que se levante el olor a cocido para sacar las primeras chipas bien calentitas.

Y hay que guardar las que ya tienen dueños, como para los nietos de la abuela.

Tiempos de Semana Santa en el interior de sabor a pomelo con aristócrata etiqueta negra.

Tiempos de sabores junto a la tradición.

Tiempos que todavía se viven con mucha devoción.

Tardes de ajetreos en todo el vecindario en cada casa el humeantes tatakua y es una tradición culinaria la sopa paraguaya, con

carnes de cerdos y de vaca, un carú guasu previo al ayuno.

La Misa del gallo, el encuentro entre las personas mayores y alrededor de todo, los niños de innata curiosidad, mita'i akahatá de indudables travesuras a escondidas.

Semana Santa de otros tiempos que ya no vendrán como lo fueron en los tiempos de mi niñez.

Hernán Benítez Denis

11

De todo traigo en Semana Santa

Te traigo aquí una canción como la lluvia mansa que cae en las horas de la mañana y está amaneciendo en el Barrio Obrero de nuestra infancia, en esa época tan feliz con la paz de una Semana Santa.

Te traigo aquí los veranos de sus calles arenosas y calcinantes.

O si prefieres sus otoños que pasamos y son de estos recuerdos que vengo a contarte, de esos lares

Pero algo más quiero contarte cómo los de los que juntos pasamos por esos lares en un terruño hoy llenos de añoranzas.

Te traigo su quietud dormida de las siestas junto al arrullo de un Arroyo Ñeembucú hecho de leyendas y cómo no recordar los días de diciembre a enero entre serenatas a cualquier hora de cigarras bullangueras.

En Semana Santa entre olores del tatakua, de la chipa y el ryguasú caé.

Se convidan y conversan, van de casa en casa, se saludan entre vecinos como parte de una sola familia.

La gente conversa despacio y andan sin apuros porque son buena gente de antes, con devoción pasan los días sagrados como el Viernes Santo.

Te traigo la armonía de una vida tranquila de cuando nada vale tanto, más que vivir con las costumbres muy nuestras, en el “mboraijhú” y el “yayoiijhú”

Costumbres que aún quedan por los pueblos y ciudades muy del interior y que todavía se pueden ver en Semana Santa.

Son recuerdos de aquél Pilar de antaño y su gente en convivencias por los Barrios de ese ayer, en un tiempo que hemos conocido.

Hernán Benítez Denis

